



*[Nunca había entendido qué era un volcán hasta ese sábado]*

Karl, nuestro guía, nos reúne entre unas piedras antes de comenzar el viaje. Todos se ponen sus cascos sin acordar verbalmente. Noto que no estoy al tanto de los códigos del grupo. Parecen entenderse sin hablar y yo los filmo entusiasmado. Ya me falta el aire y todavía no comenzamos la caminata. Me coloco mi casco. Al dejar de filmar veo lo que nos espera por delante. Pregunto en voz alta: “¿No hay sendero?” Nadie me responde.

Karl está feliz por el desafío. Yo tengo dudas. Veo de reojo una placa atornillada en una roca que dice “Aquí murió tal persona”.

Arrancamos.

Somos cuatro: Karl, Chichi y una mujer Suiza de unos 45 años. Chichi estudia ingeniería ambiental, tiene entre 20 y 25 y hace chistes en mono tono. Me trasmite confianza cuando me sonrío sin decir nada. La mujer suiza sólo emite sonidos mudos. Karl de repente habla perfecto el alemán.

Mientras comenzamos a descender al cráter siento felicidad. El volcán deja de ser una postal, un video en youtube o una imagen googleada, el volcán es ahora una realidad.

El piso es rocoso y la pendiente angulosa. Todo es mucho más peligroso de lo que me imaginé. Decido frenar y atarme con fuerza mis zapatos recién comprados. Si caigo al vacío seguramente muera. Me invaden imágenes trágicas y tragicómicas. El miedo me causa humor.

#### DOS HORAS DESPUÉS

Ya no tengo fotos googleadas en mi cabeza, el camino me supera y pienso a una velocidad alienante. Entro en un dialogo interno que comienza a perder coherencia.

El viaje es un descenso constante. Sufro al pensar que la bajada será subida. Me crujen las rodillas. La niebla es fantasmal, no veo más allá de 30 metros. Mis ojos no pueden hacer foco, la cámara tampoco. Una pared blanca nos ha tragado. Estamos a 4800 metros de altura. Trato de no pensar, los pensamientos pesan, se hacen sólidos y consumen energía. Tengo que controlar mi respiración, no puedo lograrlo.

Seguimos descendiendo ¿Pero hasta cuándo? Por un momento pierdo al grupo y entro en pánico. Los alcanzo después de caminar 10 minutos solo. Se habían detenido a comer algo, tomar agua y descansar. ¿Por qué confían en que puedo hacerlo solo? Estoy en desventaja, cuando los alcanzo, ellos ya han descansado y deciden seguir adelante. Karl nos habla. Yo

asiento con mi cabeza sin entender bien qué dice. Escucho pero no tengo. Tengo una banana en la mano, segundos después solo veo la cáscara. Me faltan cuadros por segundo. Karl comparte con nosotros datos técnicos. Lo visualizo escalado en la luna. Me duele todo.

Karl nos dice: “falta poco, sigamos”. Descender por un paisaje imaginado es un sueño lúcido. Turismo Julio Verne. Estoy viviendo un libro. Estamos bajando por la garganta del volcán.

Seguimos caminado, la niebla es cada vez más densa, parece sólida como una cortina. Hay humedad, y empezamos a sentir el olor a azufre. Mi barba se llena de un agua extraña, todo condensa agua. Tres horas después y finalmente estamos llegando al cráter. Luego de cruzar una quebrada con un arroyo, el descenso finalmente termina. Llegamos a un terreno abierto y casi horizontal. El suelo es arenoso. Hay piedras que nunca había visto en mi vida, quebradas desde su interior. El paisaje parece abandonado por la naturaleza, hay troncos carbonizados de árboles que siguen aferrados a la tierra. Sin rastros de su copa, parecen fosilizados. Estamos en otro mundo, un mundo que perdió su vida.

Continuamos caminando en hilera por la superficie semi-lunar, yo filmo mientras trato de regular mi respiración. Ahora no hay desafío físico y el silencio empieza a hacerse interno. Escucho el viento por primera vez. Miro 360 grados contemplando la dimensión del espacio.

Abajo está despejado. Logro ver las paredes del cráter por donde descendimos. La escala no es familiar, la tierra del piso no lo es tampoco. Parece Marte en blanco y negro. El volcán se siente como un ser dormido, no tengo que hacer ruido. Estamos dentro, pero todavía queda un adentro del adentro ya que la base del cráter tiene varios cráteres en su interior. Pasada la planicie comenzamos a subir por una colina de tierra gris, cruzamos dos lagunas de agua color verde óxido. Las nubes forman un techo sobre nosotros. Todo es monumental y monocromo. Este mundo interno tiene sus propios tiempos y reglas. Me siento diminuto y barroco. El interior del cráter es ajeno al tiempo. Veo algunas telas de araña y bichitos en el piso. El silencio y la indiferencia que emiten es sobrenatural. El volcán nos sigue con la mirada. Karl nos dice: “Ya estamos dentro”. La experiencia es mística, y sensorialmente poco familiar: es llegar al centro de las imágenes imaginadas.

Nos detenemos al almorzar en el borde del cráter principal por donde el Guagua Pichincha erupcionó en 1999. Estoy extasiado por el cansancio. Karl sigue contando cosas, veo que habla pero mis latidos hacen de mi cuerpo un tambor que no me permite hilar nada.

Me zumban los oídos.

El cráter tiene forma de embudo, es profundo. No es lo que imaginé. Su boca tiene 300 metros de diámetro, y en su centro hay una laguna pequeña. El agua no emite ningún movimiento. La pendiente hasta la laguna es empinada. Karl me ofrece descender y tomar una de azufre. Él trajo soga suficiente. Vemos que en las paredes hay fumarolas que emiten un vapor cuasi humo. El olor azufre llega por ráfagas.

El volcán es un animal vivo: respira, emite olor y calor, cambia de ánimo, destruye, crece en tamaño y muere. A su vez es maternal. Nunca pensé que me resultaría tan maternal, todo lo contrario. Las enormes piedras desparramadas por las orillas del cráter emiten un calor constante e uniforme. Siento calma, y ganas de no volver.

El cráter del volcán sin duda es una cápsula de tiempo. Oscila entre un silencio eterno y la destrucción absoluta.

El Guagua Pichincha está activo. En este mismo momento podría llegar desde el centro de la tierra un chorro de magma y evaporarnos como a un granito de sal. Qué extraño es estar sentado comiendo una banana frente a las orillas del cráter y saber que eso es posible.

La física del volcán es la de un reloj de arena invertido, que sube de abajo hacia arriba. La energía vence la gravedad. Tal vez Einstein se inspiró en los volcanes.

Terminamos de comer, y continuamos caminando por la orilla del cráter. Chichi descubre unas fumarolas en un costado elevado del cráter. A buena hora entiendo en persona qué es una fumarola: es una válvula de presión rocosa, un agujero por donde salen gases desde el interior del volcán, entre ellos azufre. El azufre tiñe estas fisuras de color amarillo verdoso. Karl se aleja del grupo y sube a una piedra que da a una suerte de precipicio. Yo me acerco lentamente. Notamos que la fumarola más atractiva está sobre un risco. Karl de nuevo no duda en ofrecerme tomar muestras de azufre. Parece no tenerle miedo a nada. Yo acepto su oferta. Lo veo acercarse en cucullas hasta el borde de la caída. Las paredes queman sus manos, tiene que cubrirse la cara para protegerse del azufre. Karl baja por una pared de casi 70 grados de inclinación. Colgando de sus manos, pisa las piedras blancas calientes. Algunas se desmoronan, él prueba la firmeza golpeando antes con sus pies donde va a pisar. Detrás suyo hay al menos 60 metros de caída. Veo un montón de piedritas desmoronarse y rodar al vacío hasta desaparecer. Estoy mudo. Todos entramos en silencio al ver a Karl concentrado. Dejo de filmar y guardo la cámara. Siento respeto por su vida. Lleva consigo un taper pequeño en el bolsillo de su cam-

ESTA OBRA FUE POSIBLE GRACIAS A LA COLABORACIÓN DEL INSTITUTO GEOFÍSICO DEL ECUADOR (IG EPN). LA VULCANÓLOGA DOCTORA SILVANA HIDALGO Y EL ALPINISTA PROFESIONAL KARL EGLOFF.



“Llegamos” dice Karl.



